

HOMENAJE
A
MAURICIO RUGENDAS

*(En el sesquicentenario
de su llegada a Chile)*

Chile a la llegada de Rugendas

ISMAEL ESPINOSA

El 1º de julio de 1834, hace 150 años, llegó a Valparaíso, desde Acapulco, el pintor bávaro Johann Moritz Rugendas. Tenía entonces 32 años de edad, de los que había pasado unos ocho en Brasil y en México. De ahí que hablara un castellano fluido, que empleaba con precisión y hasta con elegancia en sus cartas y en las notas que muchas veces escribía al pie de sus croquis.

En cuanto a sus nombres de pila, al parecer ya los había traducido a nuestro idioma, por lo que optaremos por llamarlo Mauricio, nombre que él prefería al firmar, y que en el trato íntimo aparece trocado a veces por Mauro, y hasta por "Moro".

Su preferencia por los países de nuestra América fue evidente: toda su vida útil la dedicó a retratarlos en sus primeros años de vida independiente, cuando viajar al interior de sus vírgenes extensiones no sólo era desusado e incómodo, sino altamente riesgoso.

Existe además, un rasgo suyo poco conocido, que, aunque nimio en apariencia, muestra más que ningún otro su cariño y la perpetua ligazón que mantuvo siempre con las regiones en las que transcurrió lo mejor de sus días: la única fotografía que de él se conoce, tomada en Alemania poco antes de su muerte, lo muestra de corbatín negro... y envuelto en un sencillo poncho chileno.

CHILE EN LA DECADA RUGENDIANA

Mauricio Rugendas permaneció en Chile hasta 1842, con la sola interrupción de un breve y accidentado viaje a Mendoza. A fines de ese año se trasladó al Perú, pasó también por Bolivia y volvió a nuestro país en la primavera de 1844, para regresar lentamente a Europa, vía Cabo de Hornos, Buenos Aires y Brasil en enero de 1845.

Ahora bien: ¿Qué sucedía en Chile durante la que podríamos llamar *la década rugendiana*? Tratemos de imaginar la vida de entonces, con don Diego Portales al frente del gobierno y con Rugendas recorriendo a pie o a caballo, lápiz en ristre, levita y colero negros, el camino de Valparaíso a Santiago o la huella que llevaba a Talca y Linares...

Aunque las apariencias engañan, debemos confesar que en el fondo hemos cambiado muy poco, y que tal vez nuestro pintor no se sentiría enteramente extraño si nos visitara nuevamente.

Como siempre, Chile crecía, debatiéndose en mitad de una crisis. Pero, habiendo "tocado fondo" hacía poco, los optimistas confiaban en su inminente "despegue", aunque todavía eran menos los que trabajaban en ello. Dicho de otro modo, el chileno de entonces, como el actual, vivía de esperanzas, soñando con que el papá-fisco le solucionaría la vida y le daría qué comer y qué ganar. Todavía se discutía con pasión si el país debía ser federal o unitario, como si uno u otro sistema fueran la panacea. Y si bien se había logrado "por decreto" la ansiada libertad de comercio con el mundo entero, lo cierto era que, mucho más que los nacionales, se beneficiaban con esa libertad los activos extranjeros, que ya iniciaban otra colonización.

Había terminado hacia poco la tumultuosa anarquía que siguió al derrocamiento de O'Higgins, y recién la república comenzaba a tomar forma bajo la férula de Portales. Este atendía tanto sus negocios particulares como los públicos con igual solicitud, alternándose en ellos por temporadas, aunque sin mezclarlos, por lo menos mientras estaba de gobernante. Pero al tiempo que se ocupaba de un empréstito para la escuálida Casa de Moneda, o de la redacción de la ley sobre derechos portuarios, cavilaba sobre un invento para beneficiar minerales arsenicales de plata o solicitaba el consejo del naturalista Claudio Gay sobre cómo preparar la miel de palma sin tener que derribar la palmera...

Puede decirse sin mucha osadía, que en el Chile de entonces estaba todo por hacer, y que no había más remedio que improvisar y componer de todo un poco... ¡igual que hoy!

Hacía un año que se había proclamado la Constitución de 1833, y todavía la gente no se acostumbraba a ella, o tal vez ni siquiera se ocupaba



Rugendas a los 15 años. Autorretrato ejecutado en Munich.



Rugendas adolescente, 1818.



J.M. Rugendas. Autorretrato. Última época en Chile. Dibujo en el álbum de Carmen Arriagada.



Rugendas a los 40 años, Autorretrato. Dibujo en el álbum de Carmen Arriagada.

mucho de su existencia, salvo los que conspiraban para abolirla. En cambio, casi todo el mundo ponía oídos al precio de la plata, con la esperanza de que los ricos minerales de Chañarcillo, recién descubiertos, sacaran al país de su postración económica, agravada por la anarquía pipiola.

Son dignas de leerse las conclusiones de la famosa Memoria que el Ministro de Hacienda, Manuel Rengifo, presentó al Congreso en octubre de 1834, indicando las cinco causas que, a su juicio, motivaban la crisis financiera. Allí se afirmaba que “*al promoverse la salida de los enemigos de la República para afianzar el orden interior, perdimos... la industria de muchos hombres laboriosos...*”. En seguida mencionaba “*la insubsistencia del orden interior, turbado durante veinte años por frecuentes sacudimientos...*”. “*La falta regular y estable de procedimientos en el Departamento (Ministerio) de Hacienda debe designarse como la tercera causa del atraso en este ramo...*”. “*La cuarta causa de la desorganización de nuestro sistema de rentas es la pérdida del crédito que acompañó a esta serie no interrumpida de desgracias*”. “*La quinta y última causa que influyó en el desgreño de nuestra hacienda fue el espíritu de innovación propagado como un contagio entre todas las clases de la sociedad...*”.

Sólo faltó a Rengifo referirse a la recesión internacional, para que su informe pudiera situarse, con un lenguaje más moderno y algunas citas estadísticas, en cualquier publicación de palpitable actualidad.

En todo caso, podemos ahora estar orgullosos de la inmutabilidad de nuestro espíritu nacional, decisivo para que pobres y ricos, después del costalazo, se sacudan el polvo del cuerpo, se echen de nuevo los bultos a la espalda y sigan caminando sin rumbo fijo, con la sonrisa en los labios y como si nada hubiera pasado, tan campantes ahora como hace ciento cincuenta años.

Pero no ironicemos. Chile era, también en esos años, el país más estable, más maduro, tal vez el menos “latinoamericano” del continente. No por nada nos habíamos pacificado y unificado mucho antes que los demás. Y por algo se estaban reuniendo aquí algunas docenas de hombres ilustres, venidos de Europa y de América en busca de horizontes más libres y más prósperos que los de sus naciones de origen. Aquí encontraron refugio y trabajo los argentinos que escaparon de la persecución de Rosas y de los caudillos del interior; algunos uruguayos y muchos de los exiliados por las guerras civiles incessantes del Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela y Colombia. Así llegaron también, a lo largo de la década, distinguidos científicos europeos que hicieron de Chile su segunda patria y que, por lo general, echaron raíces entre nosotros. A modo de ejemplo citaremos, entre muchos otros, a los venezolanos Andrés Bello, Tomás de Mosquera (más tarde presidente de Venezuela), Luis López Méndez y Francisco Michelena; a los



Rugendas a los 50 años aproximadamente.

bolivianos José Ballivián (ex presidente) y Casimiro Olañeta; al colombiano Juan García del Río; al uruguayo Juan Carlos Gómez; a los argentinos Demetrio Rodríguez Peña, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento (ambos futuros presidentes de su país) y a Vicente López, Domingo de Oro, Gabriel Ocampo, Carlos Tejedor y muchos otros; a los europeos Claudio Gay, Ignacio Domeyko, Lorenzo Sazié, Nataniel Cox, Guillermo Blest, etc.

Pero agreguemos que esta inmigración excepcional, aunque decisivamente influyente, no forjó por sí misma nuestro desarrollo: más bien encontró un suelo bien abonado y dispuesto, en el que tanto el intelecto foráneo como el nacional se trabajaron recíprocamente, y evolucionaron juntos, a veces en medio de agrias discusiones. No olvidemos que casi todos los nombrados eran en esa época muy jóvenes, que estaban en plena etapa formativa, y que sus nombres han llegado hasta nosotros por la obra que



Rugendas en su taller. Autorretrato. Colección de Germán Vergara Donoso.

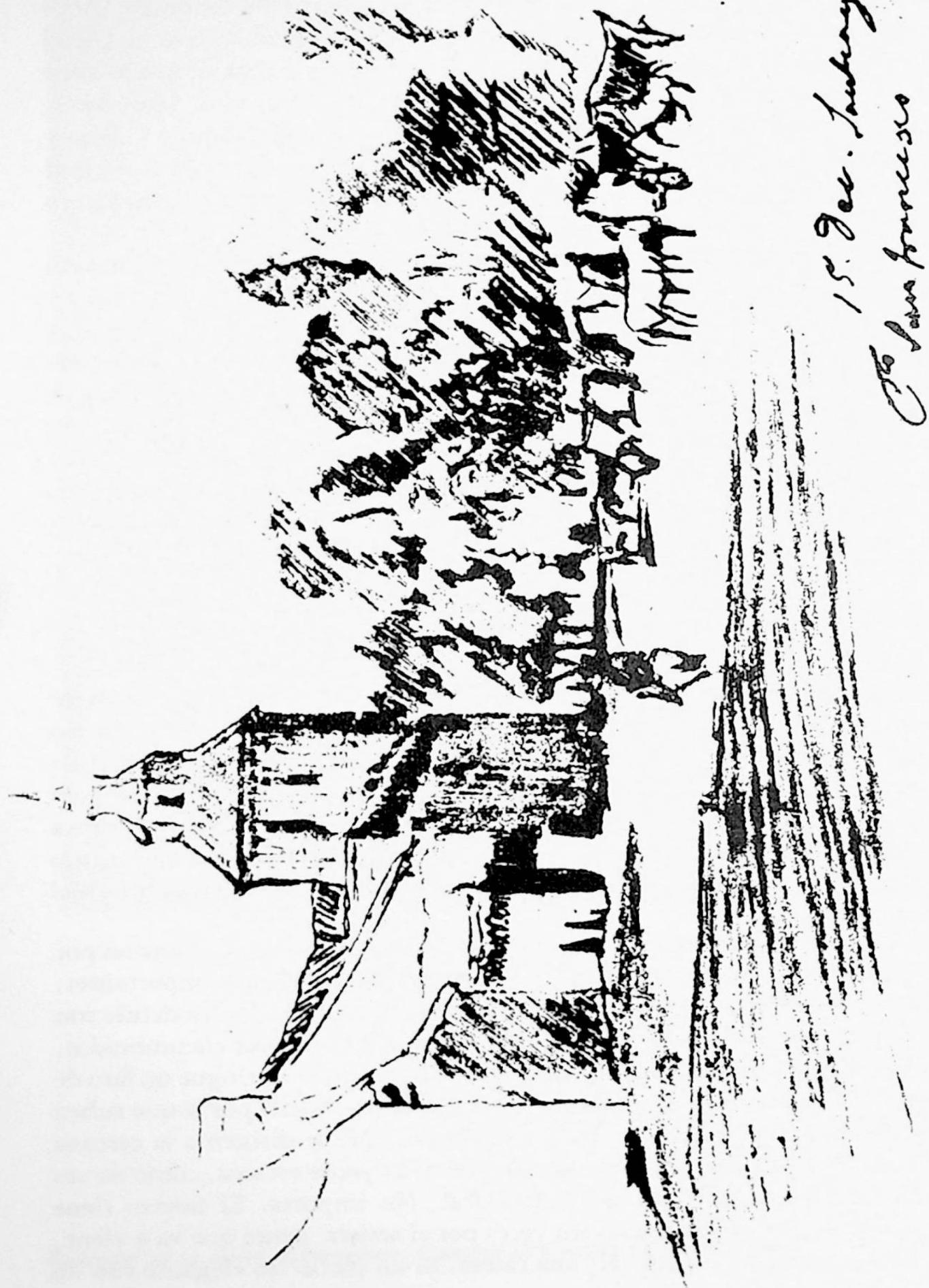
realizaron a lo largo de cinco o más décadas a partir de entonces. Aquí encontraron el estímulo, la emulación y aun la rivalidad de una juventud que eclosionó plenamente en 1842, con Lastarria a la cabeza de una falange de jóvenes nacionalistas entre los que destacaron Salvador Sanfuentes, Manuel Antonio Tocornal, Antonio García Reyes, José Joaquín Vallejo y Antonio Varas. Y en lo político, pocos ejemplos hay más decidores que el poderoso influjo que ejerció el joven Manuel Montt en el impetuoso futuro presidente trasandino Domingo Faustino Sarmiento.

Así pues, y recogiendo un hilo ya bastante alejado, podemos afirmar sin titubeos que Rugendas llegó a Chile en un momento interesantísimo y crucial, de formación de la nacionalidad y de nacimiento de ideales que habrían de perdurar. Llegó y se quedó en un país con un gobierno autoritario, pero con poderes públicos separados y reglamentados en la ley; en un país en que las fortunas particulares y la pública se iban cimentando paulatinamente, y en donde existía menos temor a asaltos y a expoliaciones que en muchas partes del mundo. Y estamos seguros de que éstas fueron otras tantas razones que Rugendas consideró para permanecer entre nosotros.

LA VIDA DIARIA

Hasta aquí hemos hablado principalmente de ideas. Examinemos ahora aspectos más terrenales. Como ya lo dijimos, en julio de 1834 Mauricio Rugendas descendió del lento velero que lo trajo desde México, a la playa de Valparaíso. La ciudad era pobrísima y carecía aún de un muelle para pasajeros. Seguramente el pintor fue transportado "al apa" desde el bote a tierra firme, por un changador robusto y semidesnudo. Y más que seguro que alguna de sus valijas cayó al agua o desapareció misteriosamente en el desembarco.

Los cerros se ven muy áridos, y sólo se divisan casuchas diseminadas por las incontables quebradas. Hay un par de edificios públicos importantes, como el de la Aduana y el de la Gobernación, pero casi todos los demás son de un solo piso, aunque a veces se ven balcones y miradores encumbrados, con el objeto de espiar el mar y sus viajeros. En lo alto se distingue un faro de juguete. Y bordeando una quebrada, serpentea una huella por la que suben perezosamente las carretas tiradas por bueyes, que se dirigen a la cercana capital. El viento levanta una nube de polvo. El verde escasea, como no sea hacia las huertas del lado del Almendral. No importa. El puerto tiene "atmósfera", y será dibujado cien veces por el artista: gente que va y viene, carretas, caballos y burros. Ni una calesa, ni un cochecito elegante con un



15. José. Taboaga.
Coto para Francesco

El templo de San Francisco. Dibujo al carboncillo reproducido en el libro "Rugendas en Santiago de Chile", de Ismael Espinosa. Santiago, 1980.

caballo trotón: sólo las pesadas diligencias que van y vienen de Santiago envueltas en el polvo omnipresente en el verano, o con el barro a media rueda en el invierno.

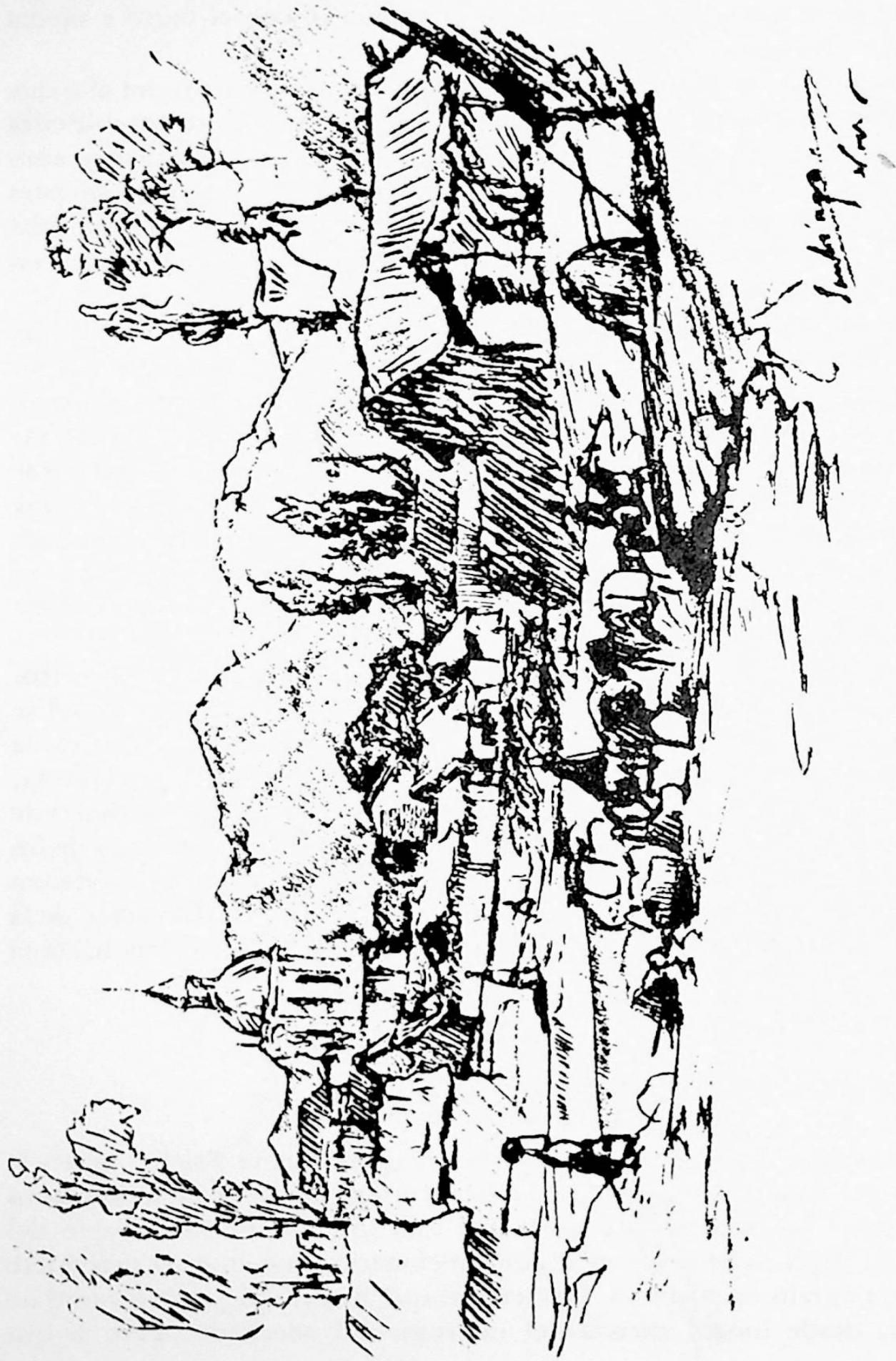
Sin embargo, el puerto se mueve: de la veintena de barcos por año que llegaban del exterior en tiempos coloniales, se ha llegado a la respetable cifra de 394 en 1834. Y se llegará a más de mil doscientos en veinticinco años más. El "gringo" William Wheelwright está gestionando su concesión para establecer la primera empresa de navegación a vapor en esta parte del mundo. Y será Rugendas, pocos años más tarde, uno de los primeros en gozar de este confort, en su viaje al Callao.

Pero no nos adelantemos, pues nuestro pintor aún no se cansa de retratar Valparaíso, sus barrancos, sus palmeras menos numerosas que los mástiles en la bahía, sus cansinas carretas y las tropillas de burros que bajan cargados de leña o suben llevando cochayuyo. Sólo en septiembre de 1834, después de dos meses de recorrer el puerto en todas direcciones, Rugendas se decide a trasponer la vecina cuesta de La Zorra y los dos cordones áridos que lo separan de la capital, para llegar por Lo Prado a la gran aldea santiaguina, que se recuesta soñolienta y sin advertirlo al pie del más imponente macizo montañoso. Rugendas casi ha tocado con la mano una de sus ensueños: la inmensa Cordillera de los Andes.

En la capital, la vida se mueve a un ritmo más calmo que en el puerto. Las autoridades son tan llanas que cada recién llegado de cierta calidad se siente en la obligación de hacer una visita de cortesía al Presidente de la República. A éste se le puede ver, además, a pie y a cabeza descubierta, recorriendo las calles al compás de cánticos y rosarios en las procesiones de Corpus o de la Virgen del Carmelo, o bien, asistiendo a los exámenes de fin de año del Instituto Nacional. Lo más corriente, sin embargo, es verlo a diario encaminarse desde el Palacio de Gobierno ubicado a un costado de la desértica Plaza de Armas, a su domicilio particular, dos cuadras hacia el poniente.

EL GRAN EXPLORADOR DE CHILE

Rugendas no es la excepción y va a visitar al presidente Prieto, quien le extiende un "pasaporte" para que pueda recorrer el país levantando planos topográficos. No sabemos de quién fue esta idea: si un subterfugio del pintor o el deseo vehemente de algún funcionario, que en cada extranjero veía un topógrafo en potencia. Lo cierto es que Rugendas jamás levantó un plano, y, desde luego, carecía del instrumental adecuado. Pero sí que



El Carmen Bajo y La Cañadilla. Dibujo al carboncillo reproducido en el libro "Rugendas en Santiago de Chile", de Ismael Espinosa. Santiago, 1980.

recorrió el país, de punta a cabo. No detallaremos sus itinerarios, pues lo hemos hecho en otra ocasión*.

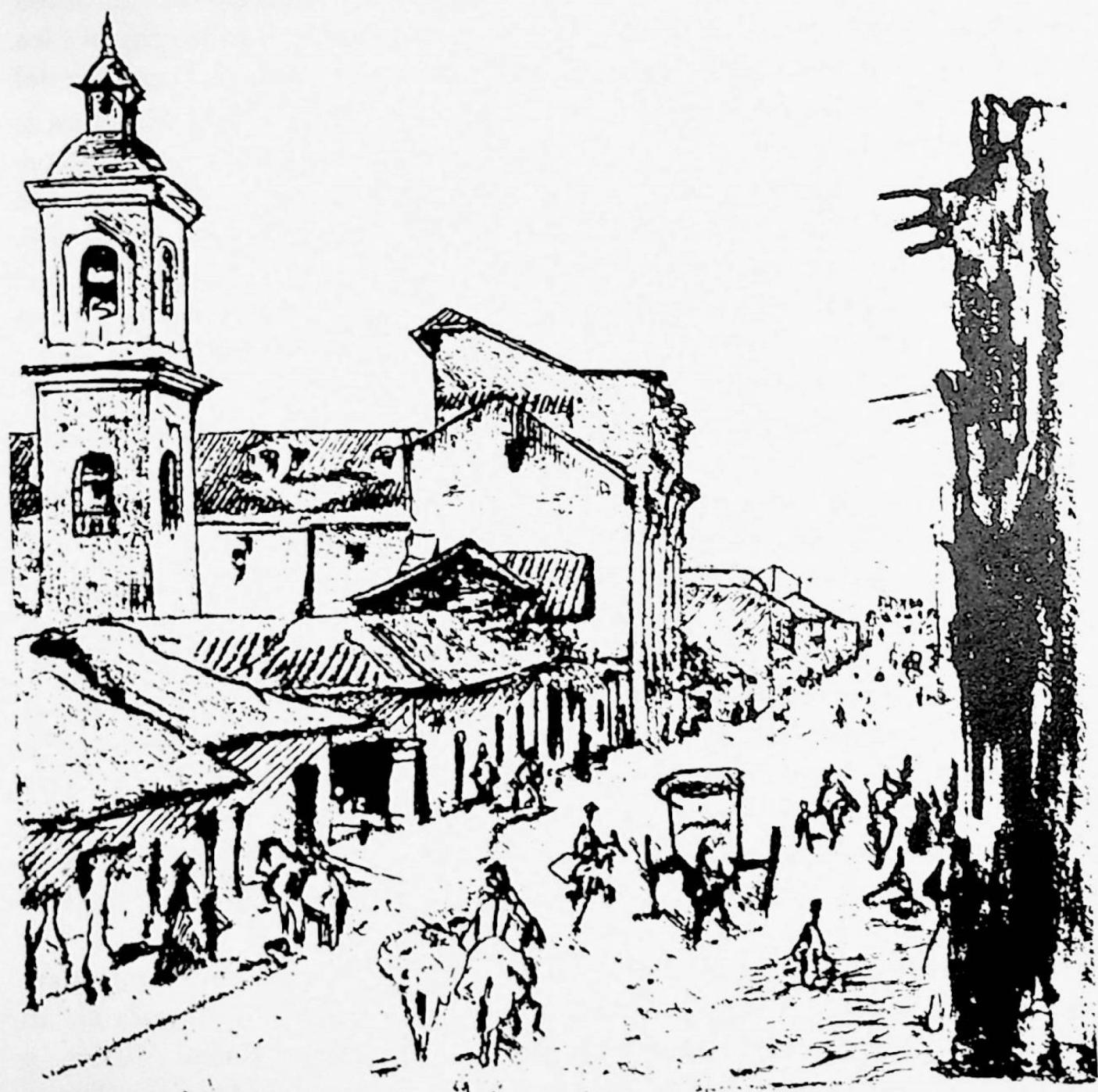
Sin embargo, no podemos dejar de recordar que tal vez no hubo nadie, entre sus contemporáneos, que repasara el país de un extremo a otro y de mar a cordillera con más prolividad y asiduidad, haciendo el retrato de sus paisajes, de sus aldeas y de sus hombres, aun en lugares que todavía no estaban incorporados a la nación. En efecto, en sus viajes desde y hacia el Perú tocó en todos los puertos que se extendían desde Arica al sur, y también en la isla de Juan Fernández. Recorrió con minuciosidad el valle central y los puertos y minerales del norte chico, que eran lo que constituía la esencia del Chile de entonces. Se internó por el camino del Juncal hacia Mendoza y volvió por el Tupungato. Se aventuró por territorio araucano, intimó con varios de sus caciques y alcanzó a divisar, a través de la selva, la cima humeante del volcán Villarrica, cuarenta años antes de que el ejército chileno se abriera camino a golpes de hacha hasta su pie. En fin, en su viaje de regreso a Europa tomó la vía del Cabo de Hornos y se dio tiempo para ver de cerca y dibujar a los indios patagones y fueguinos, hoy desaparecidos.

También experimentó las emociones de un terremoto: el de febrero de 1835; y visitó, casi al mismo tiempo que Darwin, las ruinas de Concepción, que tanto emocionaron y llamaron la atención del naturalista, y que le hicieron concebir la teoría de que los sismos eran causados por el levantamiento de la corteza terrestre, al moverse la placa continental.

Durante sus recorridos, Rugendas gozó de la hospitalidad de la sociedad chilena, y de su gusto por lo exótico, que la hacía incorporar como uno de los suyos, a todo extranjero que llegaba; y también de su pacatería semicolonial. En una época en que no había más de cinco hoteles en todo el país, sus recorridos debieron ser de casa en casa y de fundo en fundo. Pagaba su alojamiento con dibujos que quedaron en numerosos álbumes de recuerdos, o bien fueron a parar a otros tantos baúles, porque muy pocos tenían en sus habitaciones otros adornos que una Dolorosa, un crucifijo o un santo de bulto rodeado de velones. De ahí la perdida de muchísimas de sus ilustraciones.

En Santiago se alojó primero en la Fonda Ingresa de madame Bousquet, al lado de la plaza, luego en casa de diversas amistades, y después en un cuartito que arrendaba alternativamente con el cubano Rafael Valdés, y adonde llegaban sus amigos Juan Espinosa, Domingo del Oro y Gualberto Godoy, exiliados argentinos que compartían con él una especie de bohemia

*En "Chilenos vistos por Rugendas", Santiago, 1983.



Calle Estado con Compañía. Dibujo al carboncillo reproducido en el libro "Rugendas en Santiago de Chile", de Ismael Espinosa, Santiago, 1980.



Llegada a Santiago por la cuesta de Lo Prado. Dibujo al carboncillo reproducido en el libro "Rugendas en Santiago de Chile", de Ismael Espinosa.

melancólica. Esta consistía en divagar horas enteras acerca de poesía y filosofía, fumar incansablemente y tomar incontables tazas de té, hasta que llegaba el alba; o bien hasta la hora del paseo del Tajamar, a dar y recibir miradas de arrebujadas "tapadas", que sólo mostraban ojos, brazos y pies, dejando el resto a la imaginación.

En su exploración del Chile portaliano, Rugendas recorrió desde la alta sociedad santiaguina y agraria hasta las canoas de los nómades fueguinos; desde el paisaje tranquilo y conocido del valle central hasta la impresionante mole del morro de Arica o la magnífica visión del nevado de Longaví; desde la hermosa fachada barroca del templo de la Compañía en Santiago hasta los escombros de la Catedral de Concepción o la vista evocadora del puerto de Valparaíso.

¿Era sólo su innata inclinación artística o su formación profesional de pintor lo que lo movía a tal despliegue? ¿Fue sólo su gusto por lo exótico y lo pintoresco lo que lo guió por los senderos de México, del Brasil, de los países andinos o del Río de la Plata? ¿Fue su deseo de conquistar la fama o de ganar dinero lo que lo impulsó a llevar una vida trashumante y sin familia? ¿Qué poderoso afán, qué inmenso ideal lo llevó en este dilatado y casi permanente viaje desde el Caribe hasta el Cabo de Hornos, en el que consumió casi veinticinco años de una vida breve?

LA GRAN PASIÓN DE MAURICIO RUGENDAS

Mucho se ha escrito sobre el romanticismo de Rugendas sobre los amores más o menos platónicos que lo retuvieron tanto tiempo en Chile. Pero creemos que nuestro pintor logró sobreponerse a su temperamento soñador, con la firme voluntad de producir una obra que trascendiera las fronteras del arte y de la fantasía. Creemos que él sentía que su gran obra consistiría, más que en la pintura académica, en la "crónica pictórica", donde asentaría el fiel y cotidiano retrato de la vida en los países nacientes y casi desconocidos de Latinoamérica. Y que ese retrato, diseminado en ediciones ilustradas, alcanzaría un público más numeroso que el que podría adquirir o admirar las pinturas originales. Porque Rugendas, mucho más que pintor de salón o de academias, era un auténtico ilustrador, un precursor de los libros de arte y de divulgación ilustrados. Y seguramente, si hoy día viviera, sería un fotógrafo al servicio de las artes gráficas.

A Rugendas no le interesaba ver sus cuadros colgando de una pared, sino iluminando un atlas o un álbum costumbrista, reproducidos por medio de la naciente litografía.



I. M. Rugendas del.

Chanquingui, Bío-Bío

I. Espinosa edit.

La india Chanquitingui, del Biobío. Dibujo al carboncillo reproducido en el libro "Chilenos vistos por Rugendas", de Ismael Espinosa, Santiago, 1983.

Sabemos que provenía de una familia de pintores bien relacionada. Perfectamente habría podido permanecer en Baviera o en cualquier otro país de Europa, donde no le habrían faltado encargos ni clientes. En lugar de eso, partió primero al Brasil a fin de integrar el equipo de ilustradores de una expedición científica; y cuando ésta fracasó, persistió solo, completó su trabajo y logró que Engelmann publicara en París su hoy inencontrable “*Voyage Pittoresque dans le Brésil*”. Pero no fue ésta una empresa gloriosa ni remunerativa. La obra apareció en veinte entregas a partir de 1827, y cuando éstas terminaron, en 1835, ya su autor se encontraba muy lejos, viajando nuevamente en persecución de su ideal, esta vez entre los araucanos del sur del Biobío.

Su segundo viaje a América estuvo destinado a ilustrar la vida en los países hispanoamericanos. Durante todo el tiempo pintaba para subsistir y para enviar algún dinero a su familia. Pero su verdadero trabajo consistió en archivar miles de láminas, de las que jamás se desprendió hasta que perdió las esperanzas de verlas publicadas.

Llegado a Chile, siguió acumulando imágenes para su gran proyecto. Fue tal vez en nuestra modesta capital donde Rugendas cumplió con menos frustración su anhelo de publicar sus visiones, al grabar él mismo, en la piedra litográfica multiplicadora, la primera y única entrega de su “*Album de Trajes Chilenos*”; y también al colaborar con Claudio Gay en la ilustración de las costumbres y paisajes del país, para los atlas de la “*Historia Física y Política de Chile*”. Sin embargo, ignoramos si tuvo noticias de la publicación de esta obra extraordinaria, en 1854, cuando ya Rugendas se hundía en un ocaso irrecuperable.

Porque al volver definitivamente a Europa, Rugendas lo hizo sin fortuna ni posición: sólo con algunas deudas morosas y con un portafolios henchido de croquis que mostró por doquier, en la vana búsqueda de un editor. Eran más de tres mil imágenes, entre óleos y dibujos, que anhelaban trasladarse a las planchas que las darían a conocer al mundo.

“*Me he dedicado con el mayor cuidado a retratar la naturaleza con exactitud, sin sacrificar jamás la verdad al efectismo, para que los geógrafos, los naturalistas y los propios artistas puedan servirse de mi trabajo con confianza*”, expresaba en una carta fechada el 21 de marzo de 1847, en la que presentaba al gobierno francés un proyecto de Atlas sobre Chile, Argentina y el Uruguay, con 200 ilustraciones. Nunca obtuvo respuesta.

Sólo en 1855 vio impresos 18 dibujos de su estada mexicana en la obra de Christian Sartorius “*México: Landscapes and Sketches*”, impresa primero en Darmstadt y luego en Londres.

Pero ya Rugendas no tenía energías para seguir gestionando la publica-



S. M. Rugendas del

Juan Carrasco, puerto del Huasco

T. Espinosa edit.

Juan Carrasco, del puerto del Huasco. Dibujo al carboncillo reproducido en el libro "Chilenos vistos por Rugendas", de Ismael Espinosa. Santiago, 1983.



J. M. Rugendas del

Don Calixto, Hacienda Limarí

J. Espinosa edit.

Don Calixto, de la Hacienda Limarí. Dibujo al carboncillo reproducido en el libro "Chilenos vistos por Rugendas", de Ismael Espinosa. Santiago, 1983.

ción de sus dibujos, ni para aceptar otros trabajos. Su estado anímico se revela dramáticamente en la carta terrible que dirige a su prometida alemana, María Sigl, el 2 de diciembre de 1857: "Te imploro, busca en otro el amor, quisiera gritar, gritar furioso, desengañado, avergonzado".

Ya ha cedido su maravilloso archivo sudamericano, que lo acompañara por más de treinta años de esperanzas y frustraciones, al rey Luis I de Baviera, quien le ha otorgado, a cambio, una pensión vitalicia. Pero intuye que sus amados dibujos permanecerán indefinidamente durmiendo en la pinacoteca real, sin otro destino que el polvo y el olvido.

EL DESTINO FINAL DE LAS ILUSTRACIONES DE RUGENDAS

Sin embargo, y afortunadamente para nosotros, el destino final de la obra pictórica de Rugendas no ha sido el que el desafortunado pintor supuso.

Han pasado 150 años desde que Juan Mauricio Rugendas llegó a Chile sin más herramientas que sus lápices y pinceles, pero lleno de entusiasmo e ilusiones. Entretanto, su fabuloso portafolios sudamericano, cedido al rey, fue trasladado al Staatliche Graphische Sammlung (la Colección Gráfica del Estado, ubicada en Meiserstrasse N° 10 de la ciudad de Munich) donde aún permanece.

Allí los óleos y dibujos no están colgados de las paredes, como en un museo, sino más bien guardados en cajas, como en un depósito. Aparentemente, la sección relativa a la obra de Rugendas en Chile está completa, aunque algunas de sus piezas han sido trasladadas al Museo de Augsburgo, ciudad natal del pintor; y otras pueden estar en diversos sitios, como parte de exposiciones temporales. Pero lo que importa es que dicha sección no ha sido desmembrada, como sucedió con las del Brasil y del Río de la Plata, vendidas en gran parte en el año 1928.

Ahora bien: el autor de este artículo conoció y se enamoró sin remedio de la pintura rugendiana, siendo todavía un estudiante, cuando por casualidad asistió a la Exposición de 1959, realizada en Santiago por la Universidad de Chile con motivo del Centenario de Humboldt.

Sabemos que Alexander von Humboldt fue un gran amigo de Rugendas, a quien presentó y recomendó a diversas personalidades, y a quien impulsó a emprender su segundo viaje a América, aunque —irónicamente— previniéndolo en contra de los países subtropicales, tales como Chile. El mismo Humboldt, a pesar de haber recorrido gran parte de Sudamérica,



A. M. Rugendas del

Antonio Leiton. Hacienda de Chada

J. Espinosa edit.

Antonio Leiton, de la Hacienda de Chada. Dibujo al carboncillo, reproducido en el libro "Chilenos vistos por Rugendas", de Ismael Espinosa. Santiago, 1983.



Niña chilena. Dibujo al carboncillo, del libro “Chilenos vistos por Rugendas”, de Ismael Espinosa. 1983.

jamás visitó nuestro país. Y creemos que fue esta circunstancia la que —más irónicamente aún— determinó que el material a exhibir en la Exposición del Centenario humboldtiano fuera escaso o nulo en relación con Chile. De ahí que, a falta de otros elementos, los organizadores de la exposición debieron echar mano de la obra de Rugendas, el amigo y protegido del gran naturalista.

Así llegaron a Santiago, en breve visita, 31 óleos y 80 dibujos de los ejecutados en Chile por Rugendas entre 1834 y 1845, provenientes de las cajas guardadas en la Graphische Sammlung, y así pudieron ser conocidos y admirados por aquel estudiante.

Y sólo veinte años después, cuando el autor de estas líneas pudo viajar a Alemania lo bastante extensamente como para instalarse en Munich por una breve temporada, lo hizo con el decidido propósito de traer a Chile ese acervo, aun cuando no materialmente, sino grabando los originales en facsímil.

Es ese el material que ha utilizado al editar las obras *Rugendas en Santiago de Chile* en 1980, y *Chilenos vistos por Rugendas* en 1983, donde se han reproducido en la forma más fiel posible y con el máximo cuidado, 49 dibujos al carboncillo del gran artista bávaro.

Así pues, el destino ha querido que los dibujos de Chile, tan apreciados por Rugendas, hayan sido conocidos en nuestro país por obra de Humboldt; que por su “menor interés” en relación a los de Brasil y Argentina, hayan permanecido intocados por siglo y medio; que hayan permanecido por veinte años en la memoria de un estudiante; y que al final hayan encontrado editores dispuestos a cumplir el anhelo del artista, aunque sea en pequeña parte y en cortas aunque cuidadas ediciones.

Y así, aunque desalentado y derrotado por sus contemporáneos, Juan Mauricio Rugendas resurge hoy día vivo y vigente en los países que visitó, y que retratará con minucia infatigable, con admirable finalidad y con entrañable amor.

BIBLIOGRAFIA BREVE

Por considerarlo de interés, incluimos una bibliografía sumaria sobre la obra de Mauricio Rugendas. Esta bibliografía está orientada especialmente a la pintura realizada en Chile.

- CARRIL, BONIFACIO DEL: *Rugendas en la Argentina*, EMECE, Editores, Buenos Aires, 1966.
- ALVAREZ URQUIETA, LUIS: *La Pintura en Chile*, Imprenta La Ilustración, Santiago, 1928.
- BINDIS, RICARDO: *Rugendas en Chile*, Ediciones Barcelona, Santiago, 1973.
- CARNEIRO, NEWTON: *Rugendas no Brasil*, Kosmos Editora, Río de Janeiro, 1979.
- CATÁLOGO de la Exposición J.M. *Rugendas en Chile*, 1959. Prestel-Verlag, Munich, 1959.
- CATÁLOGO de la Exposición *Rugendas*, en el Instituto Chileno-Alemán de Cultura, 1972. Talleres Barcelona, Santiago, 1972.
- CATÁLOGO de la Exposición *Rugendas en Chile*, en el Museo de Arte Contemporáneo, 1978. Enm. Ind. Gráfica Barcelona, Santiago, 1978.
- ESPINOSA V., ISMAEL: *Rugendas en Santiago de Chile*, Ediciones Artesanales, Santiago, 1980.
- ESPINOSA V., ISMAEL: *Chilenos vistos por Rugendas*, Ediciones Artesanales, Santiago, 1983.
- HERNÁNDEZ SERRANO, FEDERICO: *J.M. Rugendas en México*, Prestel-Verlag, Munich, 1959.
- JAMES, DAVID: *Rugendas en México*, Museo de Chapultepec, Ciudad de México.
- KELLER, CARLOS: *El pintor Rugendas y doña Carmen Arriagada*, Boletín de la Academia Chilena de la Historia N° 54, Santiago, 1959.
- LAFOURCADE, ENRIQUE: *Album de amor de doña Carmen Arriagada*, Ediciones Roque Rivas S., Santiago, 1979.
- LAGO, TOMÁS: *Rugendas, pintor romántico de Chile*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1960.
- PEREIRA SALAS, EUGENIO: *J.M. Rugendas, pintor de las Américas*, estudio preliminar en el Album de Trajes Chilenos de J.M. Rugendas, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- RICHERT, GERTRUD: *Johann Moritz Rugendas, ein deutscher Maler des XIX Jahrhunderts*, Rembrandt-Verlag, Berlin, 1959.
- ROMERA, ANTONIO: *Historia de la Pintura Chilena*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1976.